

la altura de su rango y al poder de su desmedida influencia. Los que le rodeaban en el monasterio, incapaces de comprender las ideas de su mente y los ocultos móviles de sus acciones, le reconvenian por esta altivez y le conminaban á que cediese en ella por la salud y el bienestar de todos. Sordo, indiferente, mudo quedaba despues de todas estas reflexiones. Creíase llamado á padecer por sus semejantes y aceptaba todas las tristezas de este divino llamamiento. Como el médico que cura al cliente rebelde; como el cirujano que opera en el cuerpo gangrenado; como el confesor que advierte y amonesta; como el maestro que corrige y castiga; los redentores sociales, venidos con el verbo de la nueva idea en los labios y con la voluntad incansable de encarnarlo en las impuras realidades del mundo, traen á la vida un carácter resuelto y en consonancia con la magnitud de su pensamiento. La contradiccion, que desconcierta y desalienta á los tímidos, les acera y les fortifica á ellos, como una piedra mas en que afilar su voluntad y aumentar el corte de su energía. Cuanto mas complaciente se mostraba Lorenzo el Magnífico, mas altivo se mostraba Jerónimo Savonarola, cuyo valor crecia tambien á medida que crecia el peligro.

Dos resoluciones, una de halago, otra de hostilidad tomó el jefe de la República; y á las dos respondió con igual entereza el prior sublime de San Márcos. Acercóse aquel un dia, despues de asistir á los divinos oficios, acercóse al cepillo de la iglesia, y depositó en él muchas monedas de oro, que recogidas á la noche por Savonarola, fueron enviadas á los hombres buenos, encargados de dirigir la beneficencia oficial para que las repartieran entre los pobres. Dolorido de este nuevo agravio, resolvió declarar al monje una guerra implacable, no ya política, porque tenia su influjo político en muy poco, sino monástica y religiosa. Habia en Florencia uno de esos frailes, cortos de entendimiento, vulgares de costumbres, cargados de silogismos y latines, gárrulos y pedantes, sin ninguna uncion en el sentimiento y sin ningun ideal en la inteligencia, que toman la religion como el abogado las causas de sus clientes y hacen del sacerdocio un oficio y de la predicacion una industria; pequeños en todo y solo grandes en hipocresía y ponzoñosa envidia. Este hombre perteneció á los aduladores del prior, cuando el prior no se habia enajenado aun la voluntad del magnate. Pero así que le vió bajo el peso de tan peligrosa enemistad, decidióse

á combatirle con todo furor y aceptó el triste encargo de denostarle en el púlpito. Dia de la Ascension, dia de regocijo para las almas verdaderamente cristianas, que viendo subir con los ojos de la fe el Redentor á las alturas, se consideran ya bienhadadas y bienhadada la tierra, pues léjos de hallarse huérfanas y tristes en la inmensidad vacía y solitaria, tienen á su intercesor en el cielo y pueden comunicarse con él por medio de las efusiones del corazon y de las plegarias que suben como un himno eternal á lo infinito. Léjos de ver el monje envidioso á Cristo en los cielos, vió al odiado competidor y rival en la tierra; y consagróle toda suerte de injurias. Llamóle en dia tan solemne, en la hora en que las almas efusivas y piadosas solo sienten la alegría infinita de ver consumada la obra de la redencion y vuelto el redentor á su patria celestial; llamóle en semejante coyuntura y con tamaño tema, llamóle falso profeta, embustero de oficio, escandaloso de costumbres, promotor de desórdenes; insultos soeces que en vez de caer sobre la víctima designada, cayeron sobre el calumniador insultante é insolente y le aplastaron y le perdieron bajo su inmensa pesadumbre. Imposible que, en este combate entre la hipocresía y la virtud, entre la elocuencia efusiva y la argucia escolástica, entre el orador del sentimiento y el orador del silogismo, entre quien se movia por impulsos celestes y quien se movia por decretos tiránicos, entre la fe íntima y la frialdad del alma, entre la sinceridad del genio y la falacia del misántropo, pudiese estar ni un momento indecisa la victoria, que fué toda entera para el inmaculado Savonarola. Pero el padre Mariano, herido en una nombradía que le granjeaba verdadero influjo, no perdonó á su rival una derrota de la que solamente su propia malignidad habia sido autora, y jurándole un odio eterno, conspiró contra él á la continua, y tuvo parte principalísima en sus desgracias.

Pocos estudios hay tan curiosos en literatura, como los estudios consagrados á la elocuencia de Savonarola. Estamos en pleno Renacimiento; y el alma humana, henchida de ideas en este período histórico, pugna por romper las ligaduras que la atan y por subir de un vuelo á la plena y etérea libertad. En tal momento aparece Savonarola, con los piés prendidos á las ligaduras del mundo que deja tras de sí; y con la frente iluminada por los albores del cielo que se dilata en la inmensidad del porvenir. De un lado aparece el comentarista, sujeto á los textos sagrados; el escolástico, esclavizado por la tra-

dicion secular y por la letra muerta; el tomista; el aristotélico que ha abrazado una lógica convencional y artificiosa; mientras, por otro lado, se ve el alma desligada de toda convencion y artificio, señora y soberana de sí misma, sin mas númen que la divina inspiracion interior; abriendo sus alas en los espacios celestes, mirando frente á frente el ideal, y pronta en su transfiguracion maravillosa á verter sobre quienes aguardan su palabra con el ansia que las plantas secas el rocío celeste, benéficos raudales de incomparable elocuencia. Aquel arte de la oratoria, divino siempre, pero en el siglo décimoquinto esclavo de las escolásticas convenciones, de las argucias teológicas, de las fórmulas eclesiásticas, de la tradicion semi-bárbara; aquel arte se emancipa en Savonarola, y tomando la sencillez de la naturaleza y el ingenuo aspecto de la familiaridad, llega en esos minutos que podremos llamar divinos y creadores, hasta lo extraordinario y lo sublime.

Fingid luego en vuestra mente un pueblo del Mediodía, nervioso por su complexion, exaltado en sus pasiones, culto por su historia, acostumbrado á las contiendas de la libertad, amigo del arte, enemigo de lo vulgar y de lo trillado; y decidme cómo debia conmoverle aquel orador sin segundo, que dominaba, no solo por el poder de su palabra, sino tambien por el ejemplo de sus virtudes y por la pureza inmaculada de su vida. Así pudo ofrecernos el modelo perfecto de una República ideal, gobernada por la palabra, regida por leyes morales mas que por leyes coercitivas, ebria de una idealidad como no la habia sentido ninguna otra democracia en ningun otro tiempo de la historia, y exaltada hasta el punto de reconocer por única constitucion el Evangelio y por único jefe á Cristo.

CAPÍTULO VI

EL CONVENTO DE SAN MARCOS

Pocas ciudades en el mundo conmueven al viajero como lo conmueve la ciudad de Florencia. En pocos paisajes se unen y armonizan, como en este paisaje florentino, la severidad y la gracia. Las cimas de las montañas de Umbría al Oriente y las cimas de las montañas de los Apeninos al Occidente semejan maravillosos intercolumnios de un templo, como las graciosas colinas rematadas por severos edificios, semejan pedestales erguidos para recibir puras y hermosas estatuas. Si desde cualquiera de aquellos sitios tan admirables, sembrados de quintas que parecen museos, y circuidos de paisajes que parecen églogas, convertís los ojos á la inmortal ciudad, descubriréis aquella rotonda de Santa María de las Flores, diadema verdadera del Renacimiento; aquel campanile del Giotto, maqueado por mármoles multicolores, y tan gracioso y tan aéreo como esbeltísima columna; aquel palacio de la Señoría, que teniendo el ceño de una fortaleza, tiene tambien la gracia y el esplendor de una estancia oriental; aquellas iglesias compuestas por la severísima arquitectura toscana, panteones de las glorias mayores de Italia; aquellas innumerables torres que resisten los asaltos de la guerra y las injurias del tiempo y cuya armonía resulta tal que parecen burlarse de las leyes de la gravedad, desceñirse de los pesados cimientos y flotar en el aire como esos vapores cuyos fantásticos contornos el sol poniente arrebola en las luminosas y serenas tardes de Florencia.

Entre todos estos monumentos, ninguno llama la atencion como el mo-